

12. La obediencia nos conviene

“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1).

Esta frase, al principio del capítulo 13 de San Juan, describe la libertad de Cristo, la libertad de Dios. Una libertad que transforma el mundo, este espacio limitado y a menudo hostil en el que se encuentran los discípulos de todos los tiempos. Lo transforma en un espacio de amor divino. ¡Cuántos testigos de Cristo, encarcelados por su fe, o condenados a la inmovilidad por la enfermedad, han transformado su celda o habitación en un espacio de amor infinito! Siempre recuerdo a la vieja monja de Sankt-Marienthal, la hermana Notburga, hundida entre las mantas y almohadas del lecho que ya no podía abandonar, cuando me decía con ojos luminosos: “¡Me sumerjo en la voluntad de Dios!”

Esta es la obediencia que pide San Benito, obediencia a lo que la realidad y las circunstancias nos exigen en este momento, antes de lo que los mismos superiores piden. Una obediencia, precisamente, de enamorados de Cristo: de hombres y mujeres que no tienen nada más querido que Él. No tener nada más querido que Jesús no nos distrae de la realidad, al contrario: nos hace adherirnos con amor a la realidad allí donde nos toca y quizás nos hiere, como la enfermedad, la debilidad de la vejez, el servicio doloroso y desagradable a la comunidad o la persecución del mundo. Para quien no tiene nada más querido que Cristo, lo que la realidad exige, lo que el superior o la comunidad exigen, se convierte en lo que Cristo mismo exige de mí, se convierte en una oportunidad para decir sí a Él, en todos, en todo, siempre. Esta obediencia hace que el amor de Cristo penetre en toda la realidad que vivimos, incluso en la realidad negativa y agotadora que limita nuestra libertad e intereses. Es como si los límites de la realidad cotidiana se expandieran desde dentro. Obedecer a algo que me limita, que normalmente sofoca la vida, la reduce, puede incluso hacerla mezquina, puede matarla. Pero si allí mismo, dentro de esa realidad limitante y hostil, mi libertad dice sí a Cristo, a lo que más aprecia mi corazón, inmediatamente los límites de esa realidad se dilatan, incluso desaparecen. El corazón que consiente a Cristo dentro de cualquier circunstancia, hace que los límites de la circunstancia sean ilimitados, los dilata hasta el infinito, porque Cristo es el Señor de toda la realidad, el Señor en el que toda persona es creada para lo infinito y lo eterno.

Por eso San Benito utiliza al principio del capítulo 5 sobre la obediencia, un verbo particular al que debemos prestar atención. Dice que la obediencia “*convenit his qui nihil sibi a Christo carius aliquid existimant*” (5,2). Es como si hablara de un comercio, un comercio de cosas preciosas. Me viene a la mente la parábola del tesoro en el campo y la perla preciosa (Mt 13,44-48). Somos como ese comerciante de perlas que encuentra una en el mercado y la estima por su gran valor. Así que va, vende todo lo que tiene y compra la perla.

También aquí, San Benito parte de la estima que tenemos de Cristo: "*existimant*". Para obedecer de verdad, para vivir adecuadamente la obediencia, y todos los demás votos, hay que partir de la estima que tenemos por Jesús. Si Cristo es una perla, un tesoro, que vale más que todo, que nos es más querido que todo, entonces la obediencia "*convenit*", nos conviene. Esto significa que la obediencia es un precio conveniente para "comprar", para "ganar" a Cristo. En efecto, si es para ganar a Cristo, a quien valoro como lo más precioso de todo, entonces gano, el precio no es nada alto. El comerciante de perlas que vende todo, la casa, los campos, los bienes, el burro, las ovejas, las gallinas, –¡espero que no haya vendido también a su mujer y a sus hijos!– y todo lo que tenía, para comprar la perla, ciertamente lo hizo sabiendo que ganaba al poseer la perla en lugar de todo lo demás. Le vino bien, ¡y de qué manera!

Cómo no pensar en San Pablo, de nuevo en su carta a los Filipenses, cuando dice: "Pero estas cosas, que para mí eran ganancia, las consideré pérdida por causa de Cristo. De hecho, consideré que todo era una pérdida por la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él he renunciado a todas estas cosas y las considero basura, para ganar a Cristo" (Flp 3,7-8).

Pero entonces, ¿por qué no hacen todos un voto de obediencia, ya que vale tanto la pena ganar a Cristo?

El problema es que Cristo es una "perla preciosa" que cuando vendes todo para comprarla, posees un tesoro infinitamente más precioso que el que vendiste, pero Cristo no es una perla que, por así decirlo, forme parte del comercio de perlas. No me conviene porque puedo venderlo y comprar con las ganancias dos casas, dos campos, dos burros y el doble de ovejas y gallinas. Tampoco me conviene porque vendiéndolo podría comprar cien casas y cien veces todo lo demás. El que vende todo para comprar a Cristo, si "vende" a Cristo, como hizo Judas, no gana nada más, porque nada vale tanto como Él, nada puede ser más querido que Él. Si pierdo a Cristo, incluso vendiéndolo, lo pierdo todo, nunca encontraré nada que valga tanto como Él. Todo será inútil si pierdo Jesús, el valor de todo.

Porque Cristo no es la perla que tiene un valor infinito "en lugar" de todo, sino que Él es en sí mismo todo el valor de todo. Por eso, quien lo deja todo por Él, en realidad no pierde nada, porque el valor constante de todo lo que dejó es Cristo mismo.

Sólo que –me repito, pero creo que es importante al menos darse cuenta de esto– si ya lo he dejado todo por Él, quizá no materialmente, pero sí sólo por la fe que tenemos en Él como Dios y Salvador del mundo, si de una manera u otra lo he estimado como lo más querido, nunca podré encontrar un valor de las cosas y de las personas sin estimarlo a Él por encima de todo, sin tener cerca de mi corazón la perla preciosa que es sólo Cristo para mí.